

humantes ruinas que la ambición y el frenesí han dejado allí como mues- tra de su locura, parecemos oportuno condensar algunas noticias de la im- portantísima plaza que ha sido destrui- da por el fuego de los sitiadores. Espa- ños, es los unos y los otros, hemos dado este tristísimo espectáculo ante esta nube de extranjeros que, al frente de sus escuadras han presenciado esta última barbaridad (no tiene otro nom- bre) de nuestras discordias civiles.

Cartagena fué en los tiempos an- tiguos inmortalizada por el poeta lati- no Silius Itálico. *Dal Carthago virus Teucro fundata velusto*, dijo: el in- signe vate, por lo que se atribuyó su fundación al mencionado Teucro, co- mo puede verse en los siguientes ver- sos:

Fundada muy de antiguo Cartagena por Teucro y por los tios habitada

fué emporio del primitivo comercio que los hombres de la Grecia estable- cieron en todo el litoral del Mediter- ráneo.

Pero no existiendo de esto sino de- ducciones mas ó menos exactas, puede atribuirse su verdadera fundación á Astobal el cartaginés, si bien algunos creen que lo que hizo este no fué otra cosa sino reedificarla. Como prueba de ello llámase la Kartahadath, derivación de la palabra Carthago, que quiere de- cir ciudad Nueva.

Seria hacer alarde de una indiges- ta erudición histórica si explicásemos aquí la importancia ya reconocida de aquel puerto. Basta decir que todas las naves que venían de Oriente descan- saban en el famoso seno que la natura- leza habia abierto en dicho puerto. ba- jo la sombra de los cuatro colados, que fueron llamados por Polibio *Cher- nonesizo, Phaesto, Aleto y Croino*, ó lo que es lo mismo, las eminencias que hoy se denominan *Molinete, San José, Despenaperros* y *la Concepcion*.

Cartagena conserva, como es sa- bido, estos cuatro puntos dentro de su recinto, haciéndose célebres algunos de ellos, en la última y dolorosa con- tienda.

En Cartagena celebraron sus bodas Escipion el Africano con aquella hermosa princesa española, de que ha- blan los historiadores latinos con ad- mirable entusiasmo. Cartagena fué to- mada por Sexto Pompeyo cuando aque- llas guerras que terminaron con la batalla de Munda. En Cartagena hubo Municipio romano cuando la España Ulterior y Citerior, fué sometida á la fortuna de César, y en dicha ciudad, se fundaron los primeros cimientos de nuestra fé, cuando la predicación de los siete Apostólicos.

Esta ciudad tomó el nombre de Es- parteria.

Cuando la invasión de los vándalos y alanos fué reducida á escombros, sobre poco mas ó menos, tal como hoy ha sucedido. En tiempo de la España Ara- be fué nombrada, de este modo, Car- tadjanah el Hall. Se erigió en ella un principado independiente hasta que cayó bajo el alifazgo de Ebn-Omar, adalid del emir de Sevilla. En 1243 fué conquistada por San Fernando, volvieron poco tiempo despues á recu- perarla los moros, hasta que D. Jaime de Aragón la sometió definitivamente al imperio cristiano en primero de Fe- brero de 1265.

Incorporada á la corona aragonesa, pasó luego por tratados á la de Castilla. Restaurada su antigua Catedral, perdió el derecho de primacía, que disputó por largo tiempo, siendo incorporada como sufragánea, á la silla de Toledo. Mas tarde el obispado de Cartagena, fué trasladado á Murcia por breve ex- pedido por el Papa Nicolas IV.

No es propio de las condiciones de este artículo hacer una descripción geográfica de la ciudad; por qué, quien no conoce la importancia de esta pla- za, tanto en el órden civil cuanto en el militar? Sabido es que la entrada á su magnífico puerto está formada

por dos puntas de roca, que se enque- tran defendidas por los castillos de Ga- teras y San Julián. El castillo de la Atalaya, primero que se rindió al ge- neral López Domínguez, se encuentra por la parte de tierra.

Cartagena está enlazada á nues- tra historia con multitud de aconteci- mientos notabilísimos. De su puerto, salió en 1503 la poderosa armada que mandaba D. Luis Portocarrero para la guerra de Nipoles; en 16 de mayo de 1506 partió también de él la céebre expedición que, mandada por el car- denal Cisneros y el conde Pedro Navar- ro fué á conquistar á Oran, expedición gloriosísima que vino á cumplir una cláusula del testamento de Isabel la Católica; en 1570 fortificó el puerto Felipe II; y en él desembarcó en 1585 el pirata inglés Drake, haciendo ter- ribles estragos.

En 1706 se entregó á la armada anglo-holandesa que nos hacia la guerra; conquistada despues por el duque de Berwick no tuvo otro acon- tecimiento notable hasta 1775 en cuya época salió de allí aquella formidable expedición de Argel que es uno de los hechos mas notables del reinado de Carlos III.

¿D'bernos decir algo de sus mag- níficos edificios, de sus cuarteles, de sus hospitales, de sus almacenes, de sus diques, de sus fábricas y de esa multitud de espléndidos edificios que revelaban la grandeza de otros tiem- pos mas felices?

¡Ay! ya no existen ó se encuentran en completa ruina; su soberbio arse- nal, su parque, su escuela de condes- tables, su maestranza, su fábrica de fábricas y sus almacenes de víveres.

El hospital de la Caridad tiene en sus paredes y tejados las señales de la destrucción: su presidio, uno de los mejores en su clase, está desmante- lado; al hospital militar le pasa lo mismo; sus cuarteles de infantería, de artillería y caballería presentan un notabilísimo contraste con el de los *Antigones*, hecho á toda prueba; las fá- bricas de cristal, de plomo, de fundi- ción; los talleres, las calles, las ca- sas, los templos, todo tiene la marca del fuego de la ruina, del saqueo, de la destrucción y de la muerte.

La obra de tantos siglos; la his- toria de tantas épocas, los recuerdos de tantos héroes, todo se ha eclipsado bajo el colorido sangriento de los ván- dalos del siglo XIX que apoderándose de ella á nombre del mas absurdo de los principios políticos, ha dejado una espantosa montaña de ruinas medio blanqueadas con las cenizas de la «Tetuan.»

Tal es hoy Cartagena: ciudad opu- lenta ayer, escombros en la actuali- dad ante los ojos de la civilización. Esto debe ser una lección elocuentísi- ma, para los que fanatizados por cier- tas ideas, todo lo destruyen, haciendo resucitar los funébreos recuerdos del Profeta.

«¿Qué se ha hecho de la ciudad an- tes tan populosa?» Ved ahí.

La que tenía por blason un casti- llo sobre una peña combatida por las olas: hoy sólo tiene el reflejo del in- cendio y el polvo de la destrucción.

Bien puede aprender el pueblo es- pañol ante la perspectiva, de la des- graciada ciudad.

El acontecimiento que todos de- ploramos, no puede ser mas elocuen- te.

OTRA CARTA DE ROQUE BARCIA.

No en vano presumiamos que el do- cumento que ayer recibimos estaba des- tinado á llamar poderosamente la aten- ción pública.

Por gastada que esté la autoridad del famoso propagandista republicano entre los hombres de letras, y más aun entre los políticos de Madrid, el nombre y el estilo peculiar de Roque Barcia conser- van algun ascendente sobre ciertas cla-

ses de nuestro pueblo. Además, cuando se trata de hechos y de verdades palpa- bles; no hay que mirar tanto á quien las dice como á lo que se dice. Por esta con- cepto tiene no escasa valer la carta á que nos referimos; y teniendo también esta otra del mismo Roque Barcia, escrita el día anterior con igual fin, pero tracto alusión á sucesos que seguramente qui- tarán mucha ilusión.

Dice así:

«PARTE DE UNA RESPUESTA.»

Hay quien se enojiza, porque he demostrado la ineptitud de la junta de Cartagena y de mi partido para estable- cer un órden de cosas aceptable, sobre todo, posible.

Y puesto que hay quien se enfurece, porque no he dicho nada, estoy en el de- ber de decir algo; aunque sea poco.

Sepa el que me insulta, que omití ha- blar de unas Ordenanzas reales, declara- das vigentes, aquí, en Cartagena, en plena república federal, en pleno derecho democrático, usurpando esas leyes á la escuela conservadora y al monarca Car- los III.

Omití hablar de consejos de guerra que decretaban fusilamientos, como lo pudo hacer el conde de España.

Omití decir que se hablaban de fusilar, como puede un creyente hablar de la gloria.

Omití recordar cierta música que con- rrió las calles con hand-ya negra, pidién- do á voz en grito la pena de muerte.

Omití hablar de varias personas que estuvieron presas dos y tres meses, con- secutivos sin que alma viviente les toma- ra declaración.

Omití hablar de manifestaciones con fusiles y cañones Krupp.

Omití hacer mérito de un artesano, convirtiéndole de manos en boca general.

Omití hablar de cuentos que no se han rendido.

Omití hablar de incautaciones que no se han explicado.

Omití hablar de una policia que asesina á un hombre por la espalda.

Omití hablar de un inspector, la tron maestro, que mata á un joven, lleno de vida, por haber hurtado un pañuelo que costó 16 reales.

Omití hablar de un ladrón grande que mata oficialmente al ladrón pequeño.

Omití hablar de esos homicidios ale- vosos.

Omití hablar de esos asesinatos in- creíbles.

Omití hablar de cierto oficio, comuni- cado al intento, en el cual se mani- festaba que, habiendo acordado la junta pasar por las armas á los rateros, autori- zaba á la intendencia para que fusilase á sus factores.

Omití hablar de un gobierno provisio- nal y de una junta soberana que fueron presos en una noche, sin que se pudiese saber quién los prendió.

Alberto Araus vivía en el piso segun- do del arsenal. Abrió un balcón para respirar libremente, cuando un centinela le grita desde abajo: así no cierra, usted le disparo un tiro.»

De mí sé decir que he sido insultado muchas veces y preso dos.

Durante treinta años he disputado con todos los partidos de España en el periódico, en el libro, en el folleto, en la hoja volante, en las academias, en las Cortes, en el Senado, en todas partes: yo no me he visto nunca tan mal tratado, tan groseramente ofen- dido, como me he visto en Cartagena; no por un pueblo que no tiene igual, dechado de nobleza, de abnegación y de heroísmo, ejemplo inmortal en la historia de Espa- ña; no por ese pueblo magnánimo, sino por tanto «vidvidor» como acude á toda revuelta, porque bien dijo Chateaubriand que con las tempestades nacen los insectos.

Aquí hemos hablado mucho de repú- blica, de federación, de cantonalismo, de humanidad, de historia, de la tierra y del cielo; pero es el caso que ha reinado una tiranía mas violenta que la mas vio- lenta opresión.

Cuando el hombre libre se exagera, es el enemigo mas despiadado, mas so- berbio, mas insolente de la libertad.

Lo expuesto hace ver que las demo- cracias no formales ó mal definidas son peores que el realismo tradicional, por- que el realismo está organizado, y aun- que mucho disuélve, algo crea; mientras que toda democracia en embrión disuel- ve sin crear.

Si esta disolución fuera cantonalis- mo me arrepentiría de ser cantonal.

Si fuera república, me arrepentiría de ser republicano.

Si fuera democracia, me arrepentiría de ser democrata.

Si fuera humanidad, me arrepentiría de ser hombre.

Si fuera Cristo, me arrepentiría de ser cristiano.

Creo en el pueblo; ese pueblo que es el amor de toda mi vida; no creó en los caballeros de industria que lo engañan y lo saquean.

Creo en la necesaria intransigencia de los principios; no creó en los gobiernos intransigentes.

Creo en la idea de las federaciones; no creó por ahora en el régimen federaliyo.

Creo también que, si hay manera de fundar una situación que pacifique á España, garantizando los intereses de la ciencia, del arte, del comercio, de las in- dustrias y de los oficios, ese gobierno re- cibirá las bendiciones de todo el país. Yo aceptaría sin violencia á ese gobierno bienhechor y estaría á su lado en la lucha contra el absolutismo.

Creo, por último, que acabar con la guerra y hacer de modo que nos podá- mos entender, vale tanto como salvar la civilización y la patria.

Roque Barcia.

16 de Enero de 1874.

Dice así la tercera carta:

«Al público.—A propósito de la jun- ta de Cartagena, se habla de un reparto de fondos y de generosidad.»

Nada sé, nada he visto, nada he pre- sentiado, ni lo hubiera consentido, tam- poco.

Durante los seis meses que he permanecido en esta ciudad, ni desplegué mis labios en materia de pacifiones, ni otros cumpliendo un deber de cortesia, me pre- guntaron cuál era la suerte de mi mujer y de mi hijo.

Me arrancaron del seno de mi desola- da familia, de mis trabajos, de mis cos- tumbres, para dejarme sin tranquilidad, sin recursos y sin salud.

No he tocado un céntimo, ni un hilo. ¿Lo oyó el pueblo español? Ni un hilo, ni un céntimo.

Si hay quien sea capaz de contradecirme, que lo haga; no lo haré nadie.

Suplico á mis dignos compañeros de la prensa la insercion de estas líneas, co- mo caso de honor.

Roque Barcia.

18 de Enero de 1874.

NOTICIAS GENERALES.

La «Discusion» dice que el nuevo dia- rio republicano el «Orden», aunque ha té- nido la suerte de que el Sr. Castelar es- criba el artículo de introducción; no será su órgano.

Indica el «Tiempo» que el Sr. Sickles saldrá pronto de Madrid para Londres, donde ha tomado habitación.

Todos los buques que se hallan en Santander y los que operan en el mar Cantábrico han recibido gran repuesto de proyectiles y municiones.

Han llegado á Valencia 150 soldados enfermos, procedentes del campamento de Cartagena.

Ayer debió celebrarse en Gi- braltar una junta pública para tratar sobre la conveniencia de enviar una di- putación á Inglaterra que haga presente al gobierno de S. M. los males gravísi- mos que el sistema de legislar adoptado últimamente en aquella ciudad, está acarreado á sus habitantes y llamar principalmente su atención sobre la nue- va orden en consejo referente á la per- manencia de extranjeros en la pobla- ción.

Ha sido preso en Córdoba un fugitivo de Cartagena, que según se asegura es uno de los presidiarios que tanto han fi- gurado en aquel punto.

La bandera negra que izó el castillo de Gáleras en los últimos días del bom- bardeo, y que el general Lopez Domín- guez ya á enviar al presidente del Poder ejecutivo, es de percalina, tiene de an- cho ocho telas cosidas con bramante y de largo 21 varas.

Ayer, según digimos, fueron deteni- dos en las prisiones de San Francisco to-